

aquellos, gruñendo y peleándose como fieras hambrientas, vienen rezando ó entonando cánticos á la Virgen, saludados por las campanas de los pueblecillos del tránsito. Desde el molino de Espinal va toda la procesión reunida, que es como decir que va todo el valle en masa vaciándose por la angostura de la calle de Burguete, y al pisar la jurisdicción de Roncesvalles, el campaneó de la Colegiata anuncia su llegada. Verifícase ésta puntualmente á las ocho de la mañana, rezando unos coros el santo rosario, entonando otros la *Salve* y otros la Letanía. Van á la cabeza en dos hileras más de cien entunicados descalzos, llevando enormes cruces; siguen los hombres que no las llevan; vienen en pos los párrocos y veintiuna cruces de otras tantas parroquias, y detrás multitud de mujeres. Distribúyense en coros, presididos por concejales ó por personas caracterizadas de los pueblos, y en esta forma entran en la iglesia, en medio de un repique general de campanas. Aquellas gentes que han caminado toda la noche, bajando á la carretera muchos de ellos por ásperas quebradas en que se magullan los piés, sin probar bocado en una porción de horas, empiezan su visita á la Virgen de la montaña confesando y comulgando: oyen luégo la misa solemne, que celebra el párroco del valle á quien toca por turno, cantándola al órgano el coro de la Colegiata; y después de una modesta refacción, á las dos de la tarde, con nuevo repique de campanas, forman su procesión para regresar á sus hogares en la misma forma en que vinieron, acompañándoles hasta la salida de la población el cabildo de la Colegiata.

Si yo fuera el maestro de escuela de Espinal, que al verificarse la peregrinación del pueblo á Nuestra Señora de Roncesvalles va allí siempre acompañado de su escuadrón infantil, aprovecharía la visita al histórico templo no sólo para instruir á mis alumnos en los santos blasones de la caritativa institución que dió nombre y gloria á la orden religiosa de Roncesvalles, y en las tradiciones referentes al culto de Nuestra Señora en aquellas montañas, despojadas de las fábulas que se forjan para

acreditar una antigüedad que ese culto no tiene ni necesita; sino también para depositar en sus tiernos corazones la fecunda semilla del amor y del respeto á las obras de la piedad de sus mayores, y la de la aversión á la manía reformadora, enemiga de la integridad de los monumentos de las edades pasadas. Contigo, ilustrado lector, es mi tarea más peliaguda.—Despojemos mentalmente el templo que estamos mirando, de las restauraciones que en él llevó á cabo en el siglo XVII, bajo el reinado de Felipe IV, un arte bastardo y decadente. Para nosotros no existen las obras en mal hora ejecutadas en las tres naves desde el crucero hasta el hastial, ni las que han desfigurado la sencilla portada primitiva; ni el retablo del altar mayor, de arquitectura insípida mal llamada greco-romana; ni los armatostes ó retablos de estilo barroco que obstruyen las capillas de las naves laterales, como el de la pila bautismal, el de San Fermín, el de Nuestra Señora del Pilar, el del Relicario, el de San Miguel Arcángel y el del Santísimo Cristo y Nuestra Señora de los Dolores; y prescindimos por último de las estampas del *via-crucis* que con sus marcos y cristales se destacan sobre el liso paramento de los muros laterales; olvidando además el agravio que hace al buen gusto cierta efigie de Nuestra Señora estampada en seda, colocada en un lugar tan principal como la pila en que se administra el bautismo. Á todo esto cerramos los ojos, y reconstruímos en nuestra imaginación el antiguo templo de estilo ojival primario, con su elegante portada de arco abocinado de tres gruesos toros sostenidos en sendas columnas, esbeltas y cilíndricas, con capiteles de sencillo follaje inspirado en plantas de la flora occidental: restauramos en esta portada la estatuilla de la Virgen que corona la ojiva de la puerta y los hermosos rosetones laterales que iluminaban el interior del templo; luégo se nos presenta éste íntegro en su primera estructura de transición, con sus tres naves sustentadas al estilo románico en pilares cilíndricos, coronados de gracioso follaje, y los aristones de sus bóvedas juntándose en gallardas ojivas como curvas de fuegos artificiales que

se cruzan en la profunda oscuridad del firmamento. En él advertimos un ábside poligonal adecuadamente decorado, pero sin esa estrepitosa y confusa maquinaria del actual retablo de cuatro ó cinco cuerpos sobrepuestos, de columnas y arquivoltas de todos los órdenes, frontones interrumpidos, entrepaños con hornacinas, huecos inmotivados, brazos de candelabros y arandelas, estatuas y bajo-relieves, luces, flores, cortinas de tisú de oro y arrumacos de toda especie. La mesa de altar campea en el centro del presbiterio, sin arrimar como ahora á la cabecera del templo, limpia de floreros y gámbainas; y la imagen de Nuestra Señora, libre de la pesada joyería con que la ha abrumado una devoción indiscreta, descuella en la parte alta, por encima del retablo, puesta bajo aflagranada marquesina. Sobre el retablo campea una riquísima cruz de oro y pedrería, con estatuillas de ángeles á los lados, teniendo candelabros en las manos, y detrás de la cruz se eleva un precioso tabernáculo, dentro del cual lucen valiosas arquetas ya de esmalte, ya de plata repujada y dorada, ya de marfil con bajos-relieves, ya de menuda taracea oriental, que contienen reliquias de santos. El retablo de por sí es una admirable obra de escultura pintada, que la piedad del egregio fundador ha querido consagrar al recuerdo de las victorias obtenidas por el patrocinio de la santa Madre de Dios, figurando en muy principal lugar la de las Navas de Tolosa. El altar se halla aislado por medio de cortinas de rica estofa, y con cortinas también se halla separado el presbiterio del cuerpo de la iglesia.—Esta restitución ideal que me tomo la libertad de ofrecer á mis lectores, no se funda por desgracia en documentos históricos: la doy sólo como posible atendidas las reglas litúrgicas y las prácticas artísticas que se ven observadas en los templos coetáneos de Francia, como San Dionisio, Nuestra Señora de París, la catedral de Arras, etc.—El precioso relicario de esmalte que lleva el nombre de *Tablero de ajedrez*, y que se conserva en nuestra Colegiata en el altar del *relicario*, al costado de la Epístola del altar mayor, ocuparía probablemente un lugar perfectamente adecuado

á su forma en el altar de las reliquias del templo de D. Sancho el Fuerte. Es esta pieza de esmalte sobre plata una verdadera joya del arte industrial francés del siglo XIII, y el dibujo de las 31 composiciones que en él alternan con los 32 compartimentos en que están encerradas las reliquias, debe servir de dato para corregir la falsa creencia, difundida entre la generalidad de los cultivadores de la historia del arte, de que fueron las escuelas italianas, y no la francesa inaugurada bajo el reinado de Felipe Augusto, las que produjeron los grandes pintores miniaturistas del tiempo de nuestro rey D. Alonso el Sabio.—Adecuada colocación habrían de tener también la linda arqueta de plata con chapas de oro que existe hoy en el propio altar de las reliquias, y que se cree estuviese destinada á servir de crismera, en cuyo frente se ven la figura del Salvador, rodeado de los evangelistas, y dos ángeles, presentando el lado posterior un prior mitrado en el centro, y á los costados la Anunciación y la Virgen de Roncesvalles; y otra de oro aflagranada, muy primorosa, de estilo hispano-árabe, que lleva en un chaflán de su tapa un escudo donde aparecen en cuatro cuarteles las cadenas de Navarra y las flores de lis en disposición alterna.

Hay otras alhajas en la Colegiata que son posteriores á la época del rey D. Sancho: tales, por ejemplo, algunos preciosos restos de ornamentos pontificales de brocado, de exquisito gusto plateresco; una custodia de plata dorada, de estilo gótico florido en su pié, y torpemente renovada en la parte superior durante el siglo XVIII; y una hermosa cruz procesional de la época del renacimiento. Y hay por último cuadros notables en la Sacristía—construcción del tiempo de Felipe IV—siendo entre ellos notabilísima una *Sacra Familia* en tabla, de escuela romana, y un tríptico de Jerónimo Bosco que representa *el Calvario*.

Un visitador de exagerado celo, el ya nombrado D. Martín de Córdoba, hizo en tiempo del rey Felipe II sacar de la Real Casa de Roncesvalles todas las alhajas y ornamentos, todos los objetos de valor, antiguos y modernos, que tenía la Colegia-

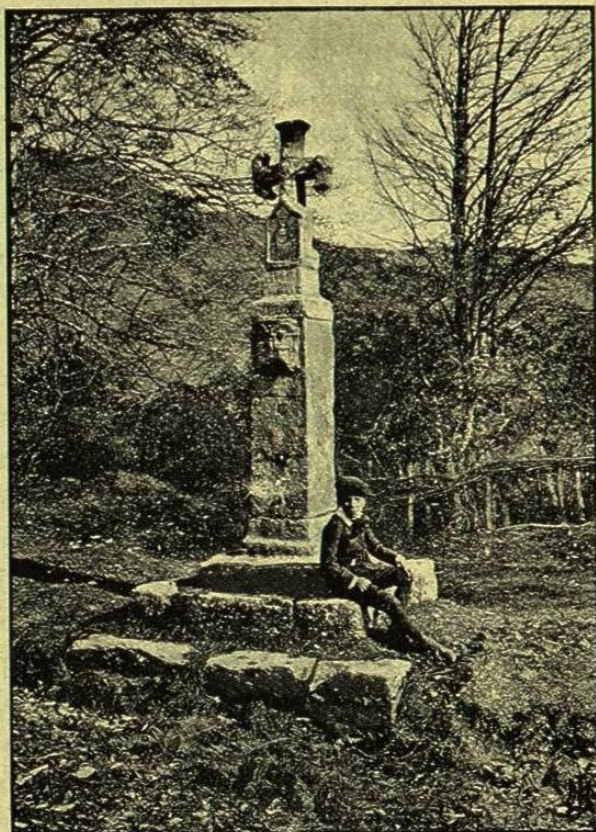
ta para el servicio del culto, y trasladarlos á Villava, que era como un barrio de Pamplona. Fué esto cuando las imprudencias de los calvinistas franceses y el sangriento ardor religioso de los de la Liga, prendían en Francia el fuego de la llamada octava guerra civil, que comenzó con el famoso edicto de Nemours, la bula de excomunión contra los Borbones arrancada á Sixto V, y el nombramiento del duque de Joyeuse para el mando en general de las tropas católicas. Temió á la cuenta el celoso visitador que comunicándose el incendio á la Navarra francesa, donde los calvinistas tenían tantos valedores, pudiera cualquier día impensado ser objeto de un golpe de mano el pequeño tesoro de la santa Casa. Pero reclamó la Comunidad, alegando que de resultas de aquella medida no había quedado *para el servicio ordinario y adorno del culto divino de la Iglesia cosa de momento ni que pueda servirse della. Así ahora* (añadían) *no está con la decencia que una casa tan principal, tan antigua y de tanta devoción requiere. Y esto también podrá ser ocasión de quitar á muchas personas la devoción y caridad con que suelen acudir al monasterio á visitarle y hacer sus limosnas. De que podría resultarle notable daño.* Y conclúan: *Suplicamos á vuestra Magestad atento esto, mande que el dicho D. Martín de Córdoba vuelva luego al monasterio todas las dichas reliquias y ornamentos, para que sea la Iglesia servida como conviene, y se conserve y aumente la devoción que siempre se le ha tenido.*— El rey, que por lo que resulta no participaba de los exagerados temores del visitador, proveyó lo siguiente: *No habiendo al presente peligro alguno de enemigos ó gente de guerra desmandada en la frontera, el Licenciado don Martín de Córdoba, nuestro Visitador del monasterio de Roncesvalles, haga volver al dicho monasterio las reliquias, ornamentos y plata que dél sacó para la seguridad dellas.*— Esta real provisión del año 1586 (1), reintegró á la Real Casa Monasterio en la posesión de los pre-

(1) SADA, *Leyes del reino de Navarra*: Ley 6.^a del tít. 23. Lib. v.

ciosos objetos que acabamos de describir y otros que no hemos nombrado.

Contiguos á la iglesia por el lado de mediodía están su claustro y la capilla titulada de *San Agustín*. Nos dice el señor Oliver que el claustro fué hasta el año 1600 de estilo gótico florido, como el de la catedral de Pamplona, pero se derrumbó con el peso y movimiento de las nieves y en su lugar se construyó el actual, que si bien conserva el arco apuntado, es de grandes y pesados macizos. Así es en efecto el claustro actual, tan desnudo de ornato arquitectónico, que parece obra no terminada. Aun es de admirar que al constructor del siglo xvii se le ocurriera reedificarlo con arcos apuntados. — La *capilla de San Agustín* conserva felizmente su decoración del siglo xiv al xv. Comunica con el claustro, en cuya banda de levante tiene su fachada. Hay en ésta tres huecos: la puerta central y dos grandes ventanas á los lados, que bajan hasta el zócalo, destinadas quizá á ver desde la galería claustral los oficios que se celebraran en esta capilla cuando en ella hubiese extraordinaria concurrencia. Su interior nos ofrece, en la parte frontera á la entrada, un reducido presbiterio de muy poco fondo, con los vestigios de un gran rosetón calado encima del altar que vemos adosado al muro; en el pavimento de este presbiterio, entre la reja de entrada y las gradas del altar, una lauda ó losa funeraria de mármol blanco, en la cual está grabada á contorno la figura de un venerable Prior con mitra y báculo, cuyo nombre, García Juan de Viguria, consigna la inscripción en caracteres monacales que circunda la losa. En el muro de la derecha ó de mediodía, se divisa macizado junto al suelo un hueco como de hornacina, sobre cuya clave hay una ventana de elegante forma; y en el de la izquierda ó del norte se abre, sobre cinco gradas espaciosas y curvas, la comunicación con la Sacristía de la Colegiata, por medio de una escalerilla que taladra un antiguo muro de grande espesor. La bóveda, rica en su crucería y realzada con flornes de esmerada labor de imaginería, nos dice claramente que

esta capilla, cuyo destino funerario suponen algunos comprobado, es por lo menos posterior en un siglo al rey D. Sancho el Fuerte.



RONCESVALLES.—CRUZ DE LOS PEREGRINOS

Y es ya tiempo de regresar á Burguete. En el bosque que hemos de atravesar, volveremos á encontrarnos la antigua cruz de piedra que saludamos á la venida y en la cual no nos detuvimos. Mejor que describírtela, es dártela fotografiada.

Lleva el nombre de *cruz de los peregrinos* porque ante ella se prosternaban estos al entrar en la jurisdicción del Santuario

ó al salir de ella. Durante las diversas invasiones, guerras civiles y trastornos que han castigado este hermoso país, fué derribada muchas veces: hoy, gracias al cuidado del último Prior, se halla en pie y es de continuo saludada, ora por los capitulares en sus paseos, ora por el transeúnte, cualquiera que sea, que pasa á su lado. Es obra del siglo xv, y dicese que la labró un monje: en la borrosa inscripción que lleva entre el pedestal y la cruz propiamente dicha, solo pude descifrar estas palabras: *Era Dni Jhux... Cum omnes...* Al pié del Crucifijo que miras toscamente esculpido, tienes como una capillita que oculta la parte inferior del cuerpo de Nuestro Señor. Acaso no divisas lo que hay en su fondo: es una imagen de la Virgen, en bajo relieve, sentada con el niño Dios en brazos. He visto en Navarra algunas de estas cruces, de los siglos xiv y xv, en que se combinan las efigies del Redentor y de su Santa Madre. La otra capillita que resalta en la parte superior del pedestal, inmediatamente debajo de la inscripción, y dividida en dos compartimentos de carácter del renacimiento, es acaso una añadidura de fines del xv ó principios del xvi. Las dos figuras que contiene representan al parecer un rey y una reina.

No es todo austero misticismo en este bosque, ahora silencioso y solemne; una diversión á que el montañés navarro es muy aficionado, animará cuando llegue Setiembre su vasto recinto lleno de misteriosos ecos. Haránse en él las célebres cacerías de las palomas torcaces, que siempre á la entrada del otoño vienen en bandadas, anunciándose á los paranceros situados en las colinas que dominan los pasos del Pirineo, ya con el lejano estrépito de su vuelo, ya, antes de dejarse oír este, con ciertas imperceptibles y vaporosas manchas que solo ellos divisan en el horizonte muchos minutos antes de su aproximación. Las palomas se dirigen de norte á mediodía en esa estación, y tienden á atravesar el bosque: los cazadores, ocultos en las antostas, espían su dirección por los intersticios del ramaje. En las calles ó claros del bosque, hacia los cuales se dirigen naturalmente las

torcaces, hay redes dispuestas, de grandes dimensiones, sujetas al suelo por un extremo y por el otro á dos grandes árboles, elevándose en plano inclinado. En las copas de estos árboles hay dos garruchas por las cuales corre una cuerda que sujeta la red, y el extremo de esta cuerda va á parar á la antosta ó escondite donde el cazador la maneja. Los otros cazadores que están de avanzada fuera del bosque, provistos de raquetas blancas cuya forma imita la del gavilán, se avisan mutuamente con gritos y señales cada vez que entra en el valle una bandada: las palomas asustadas aceleran su vuelo, se levantan para atravesar por lo alto el bosque; entonces los cazadores lanzan al aire sus raquetas, las tímidas aves creen que son gavilanes, abaten su vuelo para librarse de ellos, y entran por los boquetes del bosque: aquí está el parancero que maneja la terrible red, el cual atisba desde detrás de la antosta, y cuando la bandada se halla á unos diez pasos, suelta la cuerda; la red, que en las dos puntas de la extremidad superior lleva dos grandes pesos, viene al suelo con violencia, y quedan prisioneras cuantas palomas pasaban á la altura de los árboles. Las que más alto vuelan, burlan la red y se salvan. Cuando sopla el viento norte, que coge por detrás á la paloma, ésta eleva el vuelo y no baja hasta las redes; por el contrario, con el viento sur van bajas, y entonces es fácil dirigir las. Las redes siempre se colocan en el paso habitual de las torcaces. — Es prodigioso, dice el autor del OASIS, refiriéndose al muy experto de la *Reseña de la Real Casa de Roncesvalles* (1), el número de las bandadas que pasan por aquellos collados en el mes de Octubre. Días hay en los cuales desde muy de mañana empieza el paso: á una bandada sigue otra, y otras, y mil, y no se ven por doquiera más que palomas que pasan, se detienen, revolotean y vuelven á emprender su viaje.

(1) D. Hilario Sarasa.



CAPÍTULO IX

Continuación: Empresas caballerescas del rey D. Sancho el Fuerte: historia que parece novela. — Las cadenas de las armas de Navarra

De seguro no omite el pedagogo de Espinal el mostrar á los niños de su escuela los trozos de cadenas de la tienda del Miramamolín, que penden de cada pilastra á los dos lados de la hornacina en que están los enterramientos del rey D. Sancho y de su esposa D.^a Clemencia. Ya dejo indicado que en el templo antiguo los sepulcros de estos reyes se hallaban en la nave central. Allí estaban depositados desde el año 1234 en que ambos murieron; pero en el siglo XVI el visitador D. Martín de Córdoba reparó que el Prior Silveira y otros capitulares estaban sepultados delante de los reyes, y proveyó y mandó que aquellos